

SOBRE LA DIASPORA VASCA: ALGUNOS COMENTARIOS POLITICOS

Eduardo Torry Mendioroz

En las pocas páginas que siguen plantearemos algunas ideas y reflexiones sobre la Diáspora vasca en general, y particularmente argentina, basadas en lo que creemos los imaginarios predominantes y sus efectos a la hora de experimentar la identidad vasca fuera de Euskalherria. Los disparadores temáticos se encuentran en el artículo que Imanol Galfarsoro nos cedió para este volumen. No entraremos a reseñarlo, a glosarlo, o a someterlo a lectura crítica, simplemente haremos como si continuásemos una conversación sin detenernos en otras cuestiones que sin que carezcan de interés, ¡vaya que no!, como la problemática vasca actual, no desarrollaremos ahora. Creemos que el de Imanol es un texto muy sugerente pues esboza algunas líneas que no son frecuentes de encontrar en la literatura corriente sobre la Diáspora vasca pero que bien cabe hacerles un lugar ya que amplían los modos de pensarnos y en consecuencia los modos como una adscripción se proyecta en sus prácticas y realizaciones institucionales. Por supuesto que no estaremos siempre de acuerdo, lo que aquí vale es la mirada que según nos parece puede ser el inicio de otra perspectiva. Importa también por la coyuntura actual, por primera vez un Lehendakari no nacionalista está en el poder en la Comunidad Autónoma Vasca lo que abre un sinnúmero de interrogantes hacia el futuro hasta la fecha no respondidos, ya que si bien las conjeturas son muchas nada concreto aun disponemos para evaluar o analizar.

1

En primer lugar la “excepcionalidad vasca”. Muy a menudo nos encontramos con el discurso sobre una singularidad de contenido étnico que ha poco de desplegarse nos puede conducir al callejón sin salida de lo inefable. A la incapacidad de articular una conciencia discursiva que intente dar cuenta de una identidad sin apelar a otras vías que tienen sus peligros. Remarcar la excepción vasca no solo abre la puerta a la posible introducción de posiciones morales superiores provenientes de tal hecho diferencial e inconmensurable, sino también a la profusión de las mas descabelladas fantasías, - generalmente relacionadas con el origen incierto de los vascos-, que no solo violentan al conocimiento, sino también invitan a que otros –con malevolencia muchas veces- puedan cultivar su altivo sarcasmo descalificando la identidad en sí. La cuestión de fondo, al menos en su faz teórica, radica en una concepción de la identidad en sí misma, cerrada, completa, homogénea, primordialista, positiva. Como si se tratara de un depósito geológico, según palabras de Anthony Smith, ante el cual solo cabe descubrirlo y pasivamente aceptar su imperio. Desde hace mucho tiempo la mayor parte de las posiciones académicas al respecto se inclinan por una visión de la identidad construida, relacional, parcialmente incompleta, atravesada por tensiones internas y donde la alteridad es factor decisivo, al ser ante el otro –y también desde él- como se establecen los emplazamientos identitarios que por un lado implican una identificación y por el otro, y sin que ambos movimientos sean contrarios, una afirmación de la voluntad, una

decisión o acentuación que señalará a tales o cuales elementos simbólicos como marcadores centrales de la identidad según el momento histórico y frente a quien se establezca la frontera identitaria. Tales límites serán móviles y sometidos a la historicidad lo que no quiere decir que se pueda hacer de la conciencia identitaria lo que levemente se quiera según parecen afirmar algunas corrientes posmodernas. Se trata entonces de una cuestión política intrínseca al asunto más allá de los clivajes concretos de cada situación. Dicho de otro modo, la construcción de una identidad es un acto político porque depende del límite que la efectiviza al abrir un espacio relacional entre un “nosotros” y un “ellos” no necesariamente enemigos.

Llegados hasta aquí más que establecer una divergencia con Imanol nos situaremos desde otra perspectiva dada por nuestra ubicación y pertenencia geográfica. En efecto, todo el análisis y posición teórica de Imanol se erige a partir de la evidencia política de Euskalherria como una nación sin estado y que sus ansias soberanistas son sistemáticamente obstaculizadas por España y Francia. Por supuesto esto nos resulta absolutamente inobjetable, lo que ocurre es que si desde este hecho se proyecta todo el horizonte para la Diáspora vasca correríamos algún riesgo de reduccionismo. Es claro que esa diáspora muy distinta sería si Euskalherria fuese estado independiente, pero por otra parte la experiencia de los colectivos vascos en el mundo ya poseen una dinámica identitaria relativamente autónoma como consecuencia, entre otras posibles causas enunciables, de estar conformados por individuos cívicamente pertenecientes a la sociedad de acogida de sus antepasados. Circunstancia que impregna y sobredetermina los modos de experimentar lo vasco pero que no anula el posicionamiento político. Volveremos sobre eso.

En definitiva, la excepcionalidad vasca es por supuesto una construcción y no un dato objetivo independiente y refractario a la voluntad (y por lo tanto pre-político). Hechos como el desconocido origen del Euskara bien pueden mover a la curiosidad pero de ahí a caer en la posibilidad de derivar obtusas especulaciones es otra cosa. Sonsacar de vidas o actos ejemplares una moralidad que busque denotar el carácter total de un pueblo muy pronto pueden derivar en imposturas, establecer la continuidad de una identidad a todas luces vigorosa a partir de criterios en ocasiones “insulares” obliteran la historia de los vascos atravesada por conflictos externos e internos, por préstamos, influencias y cruces de variada índole. Tal continuidad no puede ser fruto de otra cosa que una afirmación política que se renueva a cada paso. Me detengo en esto porque al menos en nuestro medio argentino es habitual (por cierto que antes más que en la actualidad) encontrarse con relatos que esgrimidos como un *capital simbólico* exhibido ante propios y ajenos reproducen tal concepción canónica de la identidad. El orgullo de la pertenencia, bien está que así sea, no tiene por que debilitarse si reconocemos que nuestra creencia es inescindible de una puesta subjetiva antes que un legado impertérrito y ya concluido en sus sentidos posibles.

2

Desde hace varias décadas se han propagado los llamados *estudios culturales*, principalmente y aunque no únicamente en el mundo anglosajón, han dado lugar a variados debates y polémicas. En general acusados desde la izquierda como funcionales al neoliberalismo como ideología hegemónica de la globalización en lo político, y temerariamente proclives a la fragmentación acrítica en lo teórico. No obstante en su seno mismo se han desarrollado distintas posiciones expandiendo su universo.

El punto aquí es que desde algunas miradas se ha tendido a celebrar la diferencia y diversidad en tanto tal sin elaborar mayores argumentaciones de cómo se llega a ellas,

que relaciones de poder se encuentran y vehiculan, cual es su espacio político de emergencia, etc., arribando a un multiculturalismo por momentos baladí, plano, sin profundidad, no exento de conformismo.

Tal como lo expone Imanol, estas posiciones van a situarse en una etapa superadora de las grandes y excluyentes narrativas nacionales, de las concepciones unitarias y esencialistas de la identidad, de etnonacionalismos atávicos y peligrosamente inclinados hacia algún tipo de pureza, y a favor de la celebración de los traspasos de las fronteras simbólicas precedentes, de la diferencia, y del predominio del momento cultural como constituyente de la política. De ahí el peso que adquieren los fenómenos diaspóricos no tan solo por su novedosa inscripción en la escena académica sino ante todo por ofrecerse como ideal contrafactico frente a aquellas posiciones mas rígidas, cerradas e intransigentes. Sin embargo lo que estos multiculturalistas omitirán es justamente la trama política insita en esos fenómenos así como en propia enunciación. Pues podría suceder que toda esa movilidad, esos pasajes étnicos, esa exuberante hibridez de las diásporas –incluida la vasca- se encuentre articulada, en algún grado de funcionalidad, con quienes buscan conjurar la politicidad implícita en la producción de la identidad y así reproduciendo condiciones de subalternidad, minorización, etc., que vienen de “otro lado”. Concretamente y ante el caso vasco, se buscaría objetar la adscripción nacionalista y presentar un estadio superador de convivencia plural de las diversas sensibilidades lo que supone no solo un relajamiento de las pasiones sino también una reubicación topológica de la política al ocluirse su momento polémico instituyente.

Ahora bien, dicho esto, quisiéramos detenernos en algunos aspectos “interiores” de la Diáspora vasca. En efecto: la Diáspora vasca es un universo diverso, plural, variado. Sea. Pero también debiéramos agregar heterogéneo, desparejo y asimétrico. La serie aquí se complica, ya hay fricción, la armonía se empieza a disipar. ¿Es correcto no interrogarse por las diferentes potencialidades y realizaciones que muestran algunas Euskal Etxeak? ¿Se trata tan solo de diversidad y donde cada una elige su perfil? ¿Pondríamos en tela de juicio la vigencia de la identidad vasca en el mundo si admitimos disparidades en su seno? Una respuesta seria decir que como en todo colectivo todo ello es verosímil. Sin embargo mas allá de la elocuencia de lo obvio es claro que lo que muchas veces se percibe como diverso en verdad es asimétrico. Asimétrico en recursos materiales, en conocimientos, en información, en proyecto, en competencia discursiva. La cuestión no es menor, reviste una magnitud teórica importante. Supongamos que en un Centro Vasco para una festividad suena un Pasodoble, pongamos *España cañí* (ciertamente el ejemplo es extremo pero no del todo desatinado), un entusiasta multiculturalista podría confirmar sus certezas: la riqueza de la diversidad, los infinitos y paradójicos juegos de la identidad, otro modo de ser vasco (¿y andaluz?) sin complejos, etc. Pero ello bien podría obedecer a que la música es linda y algo tiene que ver con lo vasco, a que a alguien de la directiva le gusta, o a mera ignorancia, o para no quedar mal con un cónsul español que vive en esa ciudad y fue a comer, y así. El panorama se complejiza y ya entran a participar varias cuestiones que le imprimen al acontecimiento otras vías interpretativas, y algunas de ellas nos conectan con relaciones de poder: de la persistencia interpelante de símbolos españoles en los medios de comunicación, de cómo se edifica una naturalización de lo vasco dentro de un universal que es España, de la falta de atención que eventualmente desde la Federación Vasca de ese país se le escamoteó a esa Euskal Etxea en cuanto a la difusión de la cultura vasca, y podríamos seguir. Pero entonces ya no estaremos ante un escenario horizontal donde las opciones libremente se emiten o ante combinaciones inocentes sino ante acciones, por caso, con un sentido sedimentado previo que su agente ignora. No propugnamos retroceder a ninguna filosofía de la ilustración, pues somos

sujetos divididos y nuestra enunciación es polifónica, pero si marcar como un contorno político, ideológico, social, y largo etcétera, permea e incide en nuestras acciones que no son meras e incondicionadas elecciones entre opciones, tipo *rational choice*, movidas por intereses claramente reconocibles y externos, como tampoco la consecuencia de un candoroso cuadro de diferencias yuxtapuestas.

3

El crecimiento de instituciones vascas en el mundo en las últimas décadas ha sido exponencial, en Argentina desde alrededor de 30 por 1980 llegamos hoy poco menos que a 90. Individualizar las causas y circunstancias que han hecho posible este fenómeno no es tarea sencilla pero seguramente la tarea del gobierno de la CAV se encuentra entre las principales. Ahora bien, y cuando parece haberse cerrado un ciclo histórico al respecto, podemos preguntarnos sobre que idea o concepción se desarrolló tal política desde las autoridades de Vitoria. Por supuesto que una respuesta acabada sobrepasa largamente estas líneas y nuestras posibilidades al menos de momento, pero es algo que siempre estuvo presente en el colectivo. Muchas veces en nuestras tertulias de amigos llegamos a una suerte de conclusión preliminar: no encontrábamos una estrategia precisa del gobierno vasco hacia la Diáspora (acaso con la excepción de los proyectos relativos al euskera), como tampoco, menos todavía, de la Diáspora sobre sí misma demasiado dependiente por distintas causas, la económica una de ellas, de las iniciativas del gobierno vasco. La sensación que había un potencial ocioso nos rondaba, que se llegaba a una instancia previa de algo que luego no se desplegaba. Estaba la cultura, sus juegos, bailes, la tradición, los valores ancestrales; un vasquismo genérico algo *folk*, asentado sobre un innegable –e insustituible- sustrato emotivo. El loable cometido de preservar un legado. Sin embargo también un mensaje: que la Diáspora, aun expandiéndose, debe ocupar su lugar, que no debe permitirse ir más allá de determinados límites, que tiene una misión y que no debe inmiscuirse en espacios y debates que no le serían propios. Roza esto la idea de Imanol de una percepción -o construcción imaginaria- “angélica” de la Diáspora en oposición a la “diabólica” situación de Euskalherria atravesada por un conflicto político irreductible. La idea que en la Diáspora se puede ser vasco y argentino, y uruguayo, y estadounidense, etc., sin perturbaciones, pero ello obviamente requiere que lo vasco se circunscriba a su estatuto cultural. La asunción de una filiación política así no es más que una incrustación molesta, un ruido que quiebra la armonía, aunque se trate de afirmar la condición abertzale toda vez que supere, por supuesto, una mera declaración de circunstancia. La cultura y la política como dos ámbitos taxativamente diferenciados, cultivar la primera y asegurar su vigencia como conjuro de la irrupción de la segunda. El problema es que el conjuro a veces no resulta, porque la existencia de un conflicto nacional acompaña las representaciones, tarde o temprano las connota, sus signos se entrometen, y lo que quiere ser celebrar las manifestaciones culturales de un pueblo milenar a océanos de por medio y ya con nietos y bisnietos de vascos nativos suele terminar siendo más o menos explícitamente la adhesión a una causa nacional.

Como muchas veces lo hemos sostenido, y particularmente para nuestro caso, somos cívica y nacionalmente argentinos, la identidad vasca entraría en el ancho rango de lo étnico la que se desarrolla sin tensiones con aquella, antes bien reforzándose mutuamente (con lo que no adherimos, siempre en función de nuestra propia situación, con la idea de identidad “con barra” que Imanol contrapone críticamente a la identidad “con guión” proveniente de Reno la que si bien nos parece aproximada

tampoco suponemos la categoría teórica definitiva sobre el tema). Pero ello no obsta para que desde aquí y desde nosotros se tome clara posición sobre el conflicto nacional vasco, que podamos interesarnos, tener voz, poseer opinión y desarrollar acciones a favor de tal posicionamiento. No parece aceptable que nuestra condición cívica se erija como una barrera lógica para intervenir en debates o discusiones. Desde luego que no debiera deducirse que el pasado gobierno vasco instauró sin más ese límite, recuérdese a modo de ejemplo las visitas de Ibarretxe y sus discursos abiertamente políticos, pero también como se ha extendido, probablemente desde bastante tiempo atrás, la tendencia a inhibir al colectivo diaspórico de participar políticamente bajo el perentorio expediente de que “la política divide” (digamos de paso que al respecto no debe soslayarse el peso de determinadas tradiciones que no han sido otra cosa que “política acumulada”). Ciertamente el desacuerdo es consustancial a la política pero no debemos desconocer lo que hay de político en la trama de la cultura, la cultura no es el reflejo de la arcadia de un pueblo, lo que remite a una edad feliz sin fisuras, es –otra vez- una construcción donde determinados elementos han sido investidos, elevados, situados y señalados como detentadores de una significación central. Pero nunca las huellas de aquel momento instituyente se terminan de naturalizar.